

EL ISLEÑO.

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

PALMA.—Imprenta de Gelabert.—MAHON.—D. Matías Mascaró.—IVIZA.—D. Joaquin Cirer.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Mallorca, 10 rs. vn. al mes.—En los demas puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUES DEL DUERO.

Extracción oficial de la sesión celebrada el día 17 de diciembre de 1858.

Se abrió á las dos y diez minutos, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de una comunicación en que el señor don José María Huet expresaba su falta de asistencia á las sesiones por hallarse enfermo.

Acto continuo se anunció que el señor don José de Isla Fernández ingresaba en la primera sesión.

Se recibieron con agrado, y pasaron á la biblioteca diez ejemplares de la *Historia de la Guerra Civil*, que remitía su autor don José Díaz Valderrama.

Se leyó por primera vez la siguiente proposición:

«Propongo que al artículo 108 del reglamento para el gobierno interior del Senado se haga la siguiente adición:

«En todos los casos que tenga lugar la votación por bolas, se harán constar los nombres de los votantes.—Si en el acto de publicarse la votación hubiere alguno ó algunos senadores que declaren haber sido su voto contrario al de la mayoría, se admitirá esta declaración, y se hará constar en el acta. Fuera de ese momento preciso, no podrá hacerse, ni admitirse, ni consignarse en el acta, ni aun hacerse mención de ella en el *Diario oficial de las Sesiones*.»

Palacio del Senado, 16 de diciembre de 1858.

—El conde de Velle.

ORDEN DEL DIA.

Continua la discusión del proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El Sr. PRESIDENTE: Ruego á los señores que tienen pedida la palabra para alusiones personales, se limiten á lo que previene el artículo 75 del reglamento.

Leído el referido artículo por el señor secretario don de Abante, decía así:

«Cualquier senador obtendrá la palabra mas de una vez en cada discusión, si no fuere para deshacer alguna equivocación ó para contestar á alguna alusión personal. En ambos casos se circunscribirá á lo puramente preciso para su objeto; no podrá usar de la palabra para deshacer equivocaciones el que no haya hablado en la misma discusión, salvo si en ella se hubiese citado algún hecho ó dicho que espresamente se refiriese á él.»

El Sr. PRESIDENTE: El señor Calonge tiene la palabra.

El Sr. CARRAMOLINO: Señor presidente, pido la palabra para una cuestión previa.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene su señoría.

El Sr. CARRAMOLINO: Los individuos de la comisión que han tenido la desgracia de firmar votos particulares, han sacrificado el derecho que tenían á obtener con preferencia la palabra en contra, contentándose con usarla para alusiones, con el objeto de explicar su conducta, sin someter la discusión. Si con el oportuno recuerdo del señor presidente se nos ha de privar de ese medio de dar esplicaciones, en ese caso utilizaré mi derecho.

El Sr. PRESIDENTE: El presidente tiene que velar por la observancia del reglamento. Si su señoría no usa de su derecho y se decide á hablar para una alusión, no podrá menos de exigir se circunscriba su señoría á los límites marcados á las alusiones.

No sé por qué he dicho su señoría que se sofocaría la discusión. Esta seguirá mientras el Senado no crea que esa es el punto suficientemente discutido; y por consiguiente, el Senado decidirá.

El Sr. CARRAMOLINO: He dicho que se sofocaría la discusión, porque si el señor conde de Guendulain, yo usase de la palabra en contra, no podrían hacer los señores qué tra-

ían de hablar en ese sentido. Por eso he dicho que me contentaba con justificar mi conducta, y presentar los motivos de mi voto, por medio de la alusión, contando con la benevolencia que siempre me ha manifestado el Senado.

El Sr. PRESIDENTE: El señor Calonge tiene la palabra para rectificar.

El Sr. CALONGE: Rectificaré brevemente, y por el orden con que usaron de la palabra los señores que ayer tuvieron la bondad de contestar á mi pobre discurso.

El señor ministro de Gracia y Justicia empezó diciendo que como el ministerio no tenía color, no podía darlo. Su señoría se puso en contradicción con el señor presidente del Consejo, quien nos aseguró que tenía mucho color, lo cual es cierto; y lo que yo lamento ahora es la frecuencia con que el señor ministro de Gracia y Justicia se pone en contradicción con los presidentes de los Consejos de ministros á que pertenece.

No sé si al decir su señoría que en el puerto de la situación cabían todos menos los piratas, creyó que las personas que profesamos los principios moderados podríamos ser mirados como piratas en ese puerto. No lo creo: las personas que militamos en ese partido, llevamos siempre izado el pabellón de Castilla. Y tenga su señoría cuidado no sea puerto franco el del ministerio, porque en los puertos francos suelen penetrar los piratas, disfrazados con bandera nacional.

Empiezo dando gracias al señor Luzuriaga por la benevolencia con que acogió mis indicaciones, dando ayer las esplicaciones que tuvo por conveniente.

Doy también las gracias á su señoría por las nobles palabras con que ayer hizo una profesión de fé, que en boca de su señoría es muy importante, asegurándole que incurrió en una equivocación al creer que podía yo sospechar que olvidase los principios que con una consecuencia que le honra viene sosteniendo, como ayer dijo, hace cincuenta años; consecuencia que aplaudo tanto mas, cuanto que creo que su señoría estará hoy, como nos decía ayer, recordando votaciones de su vida política, en los mismos principios que sostenía en las Cortes Constituyentes al lado del señor general O'Donnell en las bases que se referían á la soberanía nacional y á la cuestión religiosa.

No quise, pues, y quede esto bien sentido poner en duda la consecuencia del señor Luzuriaga: lo que únicamente me propuse, fué obtener una esplicación, que su señoría dió con la lealtad que yo le reconozco; pero no quedé muy convencido sobre si hoy aceptan también esa esplicación varios señores que en esas mismas cuestiones votaron en contra de su señoría, como los señores marques de Corvera, Cantero, Sevillano, Collado y otros varios.

Al hablar de razzia de empleados, que también su señoría anatematizaba, cometió una equivocación creyendo que á mí me podían ser agradables. No, señor Luzuriaga: las razzias de empleados nunca las he aconsejado ni las he pedido, y ni aun he hecho ligeras indicaciones como su señoría, sin duda sin intención, para algunas reposiciones de los que llamé víctimas; y no dudo que esas indicaciones han lugar á alguna nueva razzia de esas que su señoría lamenta. Sin embargo, bastante han hecho el señor ministro de la Gobernación, el de Gracia y Justicia, y especialmente el de la Guerra.

Voy á rectificar, y á contestar brevemente y dentro del reglamento algunas alusiones del señor presidente del Consejo de ministros.

Empezó su señoría á contestarme cometiendo una grave equivocación. Dijo su señoría: «Empezaré por decir al señor Calonge, que no reconozco en su señoría ningún derecho que pueda impedirme que me sonría ó me ponga serio cuando su señoría habla.» El Senado recordará que tampoco me abrogué este derecho, porque aquí, ni en ninguna parte, nunca faltó á las consideraciones que todo hombre bien educado debe á otro, máxime si ese otro está constituido en tan alta dignidad como el señor conde de Lucena. El Senado oyó mi indicación, y entretey el comportamiento de su señoría hay una cosa, y es que, sin imponerle ni mucho menos mis gustos, en cuanto á risa ó seriedad, le obligaré siempre que pueda á que esté serio, tratando muy seriamente cuestiones muy serias.

Voy á concluir: como aunque incidentalmente podían considerarse alusión personal ciertas frases que su señoría dijo refiriéndose á personas que han estado á su lado haciendo la oposición, y que despues se hallaban enfrente, me cumple protestar desde ahora y para siempre, que desde 1841 no he vuelto á estar al lado de su señoría, salvo un pequeño espacio de tiempo en que, siendo su señoría director de infantería, apoyamos juntos al ministerio del duque de Valencia.

Concluyó el señor presidente del Consejo y yo también voy á concluir, deshaciendo otra equivocación de su señoría, consistente en dudar si al repetirnos su programa lo habíamos entendido. Pudo asegurar á su señoría que no lo había comprendido hasta que el señor Luzuriaga dió las esplicaciones que el Senado oyó. Desde entonces creo que están con él los progresistas, si no con su personalidad, al menos con sus principios; y por consiguiente, perteneciendo yo al partido moderado, empiezo desde ahora franca y lealmente á hacer la oposición al actual gobierno.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra para una alusión personal el señor senador Sanz.

El Sr. SANZ: El señor ministro de Gracia y Justicia me dirigió ayer en su peroración una alusión personal, que voy á contestar en muy breves palabras, diciendo á su señoría que he pertenecido, pertenezco y perteneceré al gran partido moderado, bajo cuyas banderas he militado y militaré mientras respire, y que por mis votaciones en este cuerpo consta que no he atendido á los hombres, cuando se trataba de salvar los principios del partido á que pertenezco. Que no he tenido premura en presentar mi proposición, sino premeditación, haciéndolo en cuanto se compuso la mesa, para que pudiese resolverse antes que constituyese el otro cuerpo; imitando la conducta de su señoría y de sus colegas en el ministerio, que con igual premeditación infringieron la ley electoral, formando unas listas electorales *ad hoc* para las elecciones generales que se han ejecutado.

Con referencia á la inconsecuencia (voluntaria), que su señoría, acaso con menos derecho que otro alguno, quiere atribuirme, comparando mi conducta de ahora con la que observé cuando se rectificaron las listas electorales en el año de 1856, dejo la contestación á mi digno compañero y amigo el señor general Lersundi, que como uno de los miembros de aquel gabinete, con mayor copia de datos y antecedentes, podrá dársela á su señoría tan cumplida como deseo.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra para una alusión personal el señor marques de Molins.

El Sr. marques de MOLINS: Devolveré á sus autores las réplicas que me han dirigido, al mismo tiempo que rectifico equivocaciones.

La primera es del señor marques de Corvera. Dijo su señoría que había yo tomado un espejo en lugar de un lente; pero su señoría usó sin duda de esa frase para comenzar un bello discurso, y como no continuó, yo también me quedé con el espejo en la mano y no prosigo.

Hablóme el señor Negrete de no sé qué elecciones y no sé qué Leviatán. Señores, no recordaba yo mas Leviatán que el magnífico buque de este nombre; pero consultando, he sabido que el señor ministro de Gracia y Justicia se refería á unas elecciones de hace ocho á diez años. No sé con qué derecho, con qué galantería acudió su señoría á una cosa tan antiquísima para contestarme, cuando podría tener otras razones. He hablado de indultos: he hecho en esta parte la oposición al señor Negrete, que, en este punto, podría haberme replicado; ¿qué se ha dicho para satisfacerme? ¿se ha destruido la exactitud de los hechos que yo cité? No: únicamente se ha dicho que ha habido otros casos; que otros han hecho lo mismo, y eso es precisamente lo que no sirve para vosotros, que decís venís á hacer lo contrario de lo que basta aquí se ha hecho.

El señor Negrete dijo (y cuenta que son palabras testuales de su señoría): «eso es una mistificación de lo que se llama ley de imprenta.» Quien de tal manera trata á las leyes, no es mucho que trate con igual desembarazo á los legisladores, siquiera sean tan humildes como yo. Filológicamente hablando, diré á su señoría

que leyes es femenino, decreto es masculino, y que por neutro no nombramos, en castellano, sino á lo que despreciamos. Eso que se llama ley, es una espresion que un ministro de la Corona no debe usar hablando de la ley.

El señor PRESIDENTE: Recuerdo V. S. que está rectificando.

El señor marques de MOLINS: Concluyo diciendo que el señor ministro de Gracia y Justicia no contradijo, sino que confirmó, los hechos presentados por mí y que el que su señoría adujo es incierto en sus accidentes, y no solo es incierto, sino que corroboró mi asercion.

Su señoría me preguntó dónde estaba yo el año 51. Nada mas fácil de contestar. Si era en las primeras semanas, en el ministerio del señor duque de Valencia, acompañado del señor Calderón Collantes, que era ministro conmigo. Si en las posteriores, en un asiento parecido á este, aunque en otro sitio, enfrente del señor Negrete, que era ministro con el señor Bravo Murillo. Si despues, no estaba en parte alguna política, porque no tuve la ventura de ser elegido como el señor Negrete.

Vea, pues, el Senado cómo puedo no estar de acuerdo con el señor Negrete, y cómo puedo hallarme lejos de ese bonancible puerto de la situación, sin ser por eso pirata, espresion que desearía retirarse su señoría. Yo no he sido, ni soy, ni seré nunca pirata en política; marché siempre con la bandera levantada; bandera de un solo color, de un solo partido: no he mudado nunca de bandera, ni mudaré de ella mientras viva.

El Sr. presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Voy á rectificar unas palabras de su señoría que hacen referencia á mi persona.

Siendo presidente del Consejo de ministros el señor Bravo Murillo, existía un periódico que se llamaba *El Orden*, que, según se decía, yo no sé si con certeza, era el periódico ministerial. Ese periódico trajo un artículo contra mi humilde persona, y lo denuncié ante los tribunales por injuria y calumnia. Seguidos todos los trámites prescritos por las leyes, fué condenado el director en primera y segunda instancia á treinta y dos meses de prisión, y á una multa cuya cantidad no recuerdo. La parte castigada acudió á mí diferentes veces, y yo siempre le contesté: «Si usted hubiese sido editor responsable de un periódico cualquiera que me hubiese injuriado, satisficé las leyes, y mi honra con la declaración de los tribunales, no solo no tendría inconveniente, sino que me cabría una satisfacción en dar mi consentimiento para la concesión del indulto; pero siendo Vd. editor de un periódico ministerial, mientras la persona á quien este pertenece ocupe el poder, no daré nunca mi consentimiento á lo que usted solicita.»

Trascurrieron algunos meses, y vino el indulto general; y ahora aunque no soy jurisconsulto, voy á hacerme cargo de una cosa que ha dicho el señor marques de Molins.

Yo no comprendo que la régia prerogativa no alcance á conceder indulto á un reo condenado por delito particular si la parte no perdona, y que pueda conceder no indulto general, aunque esa misma parte no perdona. Lo que comprendo es que, ó la Reina pueda indultar siempre, despues de fallar los tribunales, ó que no pueda hacerlo nunca, sino media el perdón de la parte; y creo que el Senado opinará en este punto conmigo. Pues bien: es doctrina establecida desde que existió el ministerio presidido por el señor Bravo Murillo á que acabo de referirme, que la prerogativa de la Corona no se puede coartar porque falte el perdón de la parte agraviada. Faltando este perdón, se dió entonces el indulto y se puso en libertad al que estaba penado; y esto es cabalmente lo mismo que, siguiendo esa jurisprudencia, hemos hecho nosotros con dos editores de otros tantos periódicos.

El señor marques de MOLINS: Quede consignado por las palabras del señor presidente del Consejo de ministros, palabras que acepto: 1.º que en aquel caso se oyó á la parte; 2.º, que se cumplió la condena. Pero hoy ni se ha oído á la parte, ni se ha cumplido la condena: solo principio está á cumplirse.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (conde de Lucena): Señores, oír á la parte para decir el gobierno si cuando no, me parecería una burla de la ley.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA

(Fernandez Negrete): Si el señor marqués de Molins hubiera sido tan franco como yo, con dos palabras hubiese rectificado y conseguido mi gratitud; porque su señoría no hizo más que una perifrasis, para retraerse del compromiso que había contraído. Su señoría me atacó diciendo que yo alentaba la impunidad de los delitos y que escarnecía los tribunales, y, para probarlo, me citó dos casos de indulto. S. S. acaba de confesar en pleno Parlamento que he estado en mi derecho concediendo esos indultos, y luego se ha retirado perifrasiando: mi deseo hubiera sido oírle decir francamente que estaba equivocado.

Se me atacó además por que aconsejé a S. M. el indulto para el editor de un periódico, por un artículo que acaso el mismo editor no había leído. Yo dije: «no es tristísimo imponer una pena a quien no ha delinquido? No hay en eso un fondo de inmoralidad? Si; y consiste en eso que se quiere llamar ley de imprenta; en la necesidad de una disposición que, no pudiendo encontrar al delincuente, mistifica el delito.» Esto es lo que ha querido decir su señoría.

El Sr. marqués de MOLINS: Yo no reconozco en el gobierno el derecho de indultar en delitos privados sin el perdón de la parte.

El Sr. LERSUNDI: Me levanto, no bien de salud, á cumplir un deber de decencia, de compenimiento y de honra; porque no soy de los que rehuyen la responsabilidad de sus actos. Se han hecho fuertes alusiones, se han dirigido cargos, ya por los señores ministros, ya por mi amigo el señor Luzuriaga, al último ministerio del señor duque de Valencia, del cual era yo el más modesto individuo. No temo la residencia de los actos de aquella administración; venga ese juicio que anhelo; pero por Dios señores, que haya un plazo racional para que prescriba la obligación de estar respondiendo á ataques repetidos y mil veces contestados. Estoy en mi puesto; venga el ataque, que yo me defenderé hasta donde alcancen mis fuerzas y mi memoria.

Contestando el señor ministro de Gracia y Justicia á mi amigo el señor Sanz, dijo que el ministerio del señor duque de Valencia no había sido muy escrupuloso en el cumplimiento de su deber, toda vez que había hecho unas elecciones con listas caducas, y había procedido á la rectificación de ellas después de las elecciones y faltando á los plazos marcados por la ley. Estos cargos se hacen con seriedad? Los cree justos el mismo señor Negrete?

Yo no voy á hacer la historia de los precedentes á la entrada del ministerio del señor duque de Valencia; pero me conviene dejar consignado que tampoco entré en el poder por medio de la intriga, sino por la libérrima voluntad de la Reina, como han entrado todos en España. ¿Qué nos quería decir el señor conde de Lucena, al asegurar que no había subido por la intriga?

Nadie, señores, cualquiera que haya sido el partido ó la fracción, ha entrado por esta reprobada puerta.

Todos los señores senadores saben las circunstancias en que subió al poder el señor duque de Valencia. Todos saben que no había legalidad, aunque para mí sí existía. La Constitución de 1845, no reemplazada por otra, la he considerado y considerado en suspenso, y no he podido más que darle la forma de vitalidad de que carecía: ella era la ley del Estado. Creyéndolo así, nos apresuramos á llamar las Cortes.

De dos modos podía realizarse esto; ó como lo hicimos nosotros ó como lo ha hecho el actual ministerio: nos decidimos por aquel como el mejor, como el único legal, tomando las listas electorales como no caducas, pues solo habían estado en suspenso durante dos años, no habían estado en vigor en ellos, y no habían pasado en uso y ejercicio el tiempo que señala la ley. Hicimos las elecciones, porque era indispensable reunir las Cortes, como lo reclamaban las circunstancias. Si compara el señor Negrete aquel hecho con el que acaba de consumarse respecto á elecciones, conocerá que no ha estado muy exacto en calificar á aquel ministerio de poco escrupuloso.

El ministerio actual ha dicho para defender su rectificación de listas electorales, que consideraba malas las existentes; y yo con igual derecho y mas razón, creí que eran buenas las que resultaron de la penúltima rectificación; que pasaron por los mismos trámites y operaciones que las últimamente concluidas. Y que estas son mas verdaderas que las otras no puedo sostenerlo el gobierno. Yo probaré lo contrario.

El ministerio actual, á poco de ocupar el poder, dijo á la faz de la nación que las listas que encontró eran falsas: nombró en seguida una administración, y naturalmente sus delegados tuvieron que decir y probar lo mismo, se pena de dejar al gobierno por impostor. Pues no se ha visto un gobernador que después de haber hecho las primeras listas ha venido á condenar su propia obra por sacar airoso al gobierno? Asombrosa abnegación! No es verosímil que faltase á la verdad la segunda vez?

Lo racional y presumible es que fuese en la última, en que tenía el compromiso que le imponía la aseveración del señor ministro. Nosotros hicimos las listas después de las elecciones, y las Cortes que vinieron antes de hacerse esas listas nos daban su apoyo, no diré que un-

nime, aunque sí que se acercaba mucho á la unanimidad; pero volviendo á la rectificación de las listas, preciso es tener en cuenta que nosotros la acordamos cuando no había que hacer elecciones, y cuando creíamos y debíamos creer que nosotros no habíamos de aprovecharnos de ellas; al contrario de lo sucedido ahora, en que se ha hecho la rectificación cuando se iba á disolver un Congreso y convocar otro, cuando iba á nombrarse otra administración y cuando al hacerse las listas eran ya los candidatos conocidos. Es, pues, natural que haya menos verdad en ellas, y además se ha hecho en tres meses, en la temporada de verano, y cuando muchísimos electores estaban ausentes, por lo que algunos senadores han quedado escluidos, sin que yo sepa si se ha atendido ó no á sus reclamaciones. Creo desde luego que no.

Se ha dicho también por el señor ministro de Fomento, me parece, que el partido moderado estaba muerto, igualmente que el progresista, y de aquí la necesidad de formar un compuesto de los fragmentos de estos partidos disueltos; y acto continuo dice que es de presumir que las elecciones pasadas no se harían con toda libertad, toda vez que produjeron un Congreso de un color y casi unánime. Yo no comprendo cómo, si se disolvió el partido, vino después un Congreso todo de ese mismo partido, y todo unánime y compacto. Pero hay mas: en aquel Congreso, en que estaban todos los jefes de las diversas fracciones del partido moderado, todos, á excepción del señor Ríos Rosas, apoyaban al gobierno. ¿No ha ocurrido otro tanto en épocas en que se tenía por vivo y robusto á ese partido?

El Congreso vino entonces casi unánime, porque así como ahora ha habido un gran elector, lo hubo también entonces, si bien en aquella época fué el gran elector los incendios de Valladolid y otros puntos, que dieron lugar á que todo el mundo pensara en el medio de librarse de aquellas calamidades, dirigiendo su vista á los que creía mas á propósito para dar la seguridad que necesitaban, la tranquilidad que anhelaban.

Hoy se dice que la prueba de que ha habido mas libertad en las elecciones es que han venido á formar el Congreso actual diputados de todos los colores; pero esto no prueba nada, tratándose de un gobierno que quiere formar un partido compuesto de todos los demas; lo que hay que saber es qué mayoría tiene en él, y la naturaleza de esa mayoría.

Se ha dicho también que el Congreso anterior fué como Saturno, que se comió á sus hijos, que devoró tres ministerios de su partido. Esto no es exacto, á lo menos respecto á nosotros, puesto que nos daban su apoyo, y que nos lo hubieran continuado dando hasta hoy. Dejamos el puesto, no por falta de apoyo en las Cortes, sino porque así creímos servir mejor al país, no obstante que continuamos con el apoyo de las Cortes tan mal juzgadas. Así obran los hombres honrados.

Dicho esto, suplicaría al Senado me permitiera hacer la defensa de un ausente, que no falta de aquí porque rehuya el debate, sino por otras consideraciones cuya exposición no es del momento, pero que le honran mucho; ausente que ha sido aludido en este sitio.

Yo no estaba ayer aquí, pero por el extracto y por lo que me han indicado algunos señores senadores, he sabido que el señor general O'Donnell concluyó su último discurso diciendo que el ministerio actual no hacía deportaciones á Filipinas, y que al dejar el poder su señoría se iría tranquilo á su casa. ¿Qué quiere significar el conde de Lucena con esas palabras? Pretende indicar que el general Narvaez, cuando está en el poder, hace una política asustadiza ó una política de terror, y cuando abandona el poder le domina la pesadilla de sus actos ó algún temor en su persona?

¿No ha visto el conde de Lucena al señor duque de Valencia sentado en ese banco de senador toda la legislatura pasada dispuesto á responder de sus actos? Después de abandonar los negocios públicos, ¿no le ha visto todo el mundo por las calles de esta corte? Entonces hubieran venido bien esas alusiones, y no ahora que está ausente y que no puede contestarlas. La historia del duque de Valencia es conocida, y ella le pone á cubierto de las deducciones desfavorables que pudieran salir de esas palabras.

Señores, de las deportaciones á Filipinas se ha hablado mucho; veamos lo que hubo. Todo el mundo sabe que el año 1848 ocurrió una revolución, casi general en toda Europa, que se bambolearon varios tronos, y que al fin sucumbió uno. En esas circunstancias, el gobierno se presentó á las Cortes y pidió una autorización para suspender las garantías constitucionales, que le fué concedida. ¿Y qué hizo con ella? Metérsela en la cartera, hasta que la revolución se presentó armada en las calles de Madrid y otros puntos de España.

En aquel momento se prendió á los que se creía habían tomado parte en aquel movimiento; pudo haber algún exceso en los delegados; pero porque estos cometieran algunos abusos, no hay derecho para culpar á aquella administración del modo que suele hacerse. Pero, ¿qué mejor prueba de que procedió cuerdamente? No nos la han dado los mismos deportados después, haciendo alardes de su complicidad, y pidiendo con instancia un premio, una recom-

pensa por los servicios que en aquella ocasión prestaron á la revolución? Esto, señores, es lo que ocurrió, y solo así hubiera cumplido aquel gobierno con su deber. Pero ¿hubiera procedido de otro modo el general O'Donnell? Dudo en todo caso que hubiera muerto de empacho de legalidad.

¿Qué el duque de Valencia se va al extranjero, y el general O'Donnell se quedará aquí? Cuestión de gusto. Pero ¿no recuerda el conde de Lucena cierta época del año 1836 en que el duque de Valencia, al saber los acontecimientos de Madrid, se apresuró á ofrecer sus servicios á la Reina y al gobierno, y para estar mas dispuesto á prestarlos se puso en camino para España, en el cual tuvo que parar su viaje porque el general O'Donnell, presidente entonces del Consejo, le advirtió que no continuara? ¿Entonces hacia mal en venir, y ahora se consuela el que no venga?

El señor duque de Valencia ha estado larguísimo tiempo en Madrid, siendo presidente del Consejo los señores Armero é Isturiz; y si no está hoy, no es por el cuidado que le da la persona, que no es hombre de ese temple, sino por otras consideraciones, y entra ellas por no verse de nuevo siendo el blanco de calumnias, enredos y otros amaños de mediano género, como lo ha sido en otras ocasiones.

Esto, señores, es lo que tenía que decir; y al hacerlo, mucho sentiría no haber cumplido bien con lo que me impusiera mi deber, mi posición y mi amistad.

El señor presidente del consejo de ministros usó de la palabra para rectificar.

El señor Carramolino espuso la historia de lo ocurrido en el seno de la comisión, en la discusión del proyecto de contestación al discurso de la corona en la parte que hace relación á los asuntos de Roma, y también los motivos que justificaban la emisión de su voto particular.

El señor marqués de Vallgornera manifestó, que si bien aceptaba las palabras del señor Carramolino, no podía admitirlas, por ver en ellas el gobierno un obstáculo para llevar á feliz cima las negociaciones entabladas con Roma.

El señor ministro de la Gobernación desechó también el voto del señor Carramolino, en nombre del gabinete.

El señor conde de Guendulain tomó la palabra para defender su voto particular sobre el mismo asunto, y dijo:

El Sr. conde de GUENDULAIN: Apeas me atrevo á molestar al senado con mis rectificaciones y alusiones después de la trabajosa sesión de hoy; pero son tan importantes las que ayer se me hicieron, que no puedo menos de hablar; esperando que el señor presidente será benigno, una vez que mi voto particular ni puede ser discutido ni votado: tal vez es lo prescrito en el reglamento.

El senado conoce ya la trabajosa historia de la comisión de contestación al discurso de la corona. En ella manifestaré que eran cuatro los puntos que llamaban mi atención, á saber: el de las cuestiones con Roma; el del jurado; el de la venta de bienes de los pueblos; y el de cereales.

Respecto á los tres últimos, me propuse reservar mi opinión para cuando viniese el primero determiné hacer voto particular, á saber, sobre la cuestión de Roma.

Yo, señores, me hallaba en una situación especial. Yo había formado parte de una administración anterior, que había ya llevado á las Cortes unas negociaciones concluidas, y por consiguiente tenía que ocuparme de este negocio; pareciéndome también muy razonable que aunque el gobierno no hubiese creído conveniente enunciar en el discurso la palabra *Concordato*, podría yo pronunciarla en mi contestación.

El señor marqués de Vallgornera, contradiciendo esta opinión, creía que con el silencio se satisfacía á unos; y yo, por el contrario, pensaba que pronunciando esa palabra se satisfacía y contentaba á otros.

De la misma manera, el Sr. Carramolino, considerando mi opinión como un extremo, creía establecerse con su voto particular, en el medio; pero permítame que le diga que nunca ni nadie me ha considerado á mí extremo, en la escala de las opiniones políticas.

Pero contrayéndome á mi voto particular, y evitando referir la historia de la comisión en que tuvo su origen, una vez que el Sr. Carramolino no ha hablado sobre este particular, debo decir que él consiste en dos puntos; primero, que en la contestación se nombre el *Concordato* vigente; segundo, que al final se diga que «las negociaciones tocaban los últimos trámites de su conclusión».

Con la primera parte, creía satisfacer un deber de conciencia y de exactitud, satisfaciendo á la vez la opinión pública; con la segunda, creía referir la verdad y cumplir con un deber de posición personal.

Creía además que en ello había exactitud, pues que si se tratara de una ley, claro es que la aprobación de entrambos cuerpos colegisladores no era el último trámite de su conclusión; pero refiriéndose á un tratado ó convenio, puede considerarse casi concluido cuando ha sido acordado por ambas partes contratantes, y tocar sus últimos trámites cuando ya ha sido presentado á los cuerpos colegisladores para su aprobación.

Y como el silencio del gobierno en este punto pudiera dar á entender que la administración anterior nada había hecho, cumplíame el mani-

fiestar que la negociación había sido continuada y concluida.

Así pues, toda vez que según el art. 92 del reglamento, el cual dispone que la contestación al discurso de la Corona solo se trate en totalidad, mi voto particular no puede alcanzar ni discusión ni votación, debo prevenir á los señores senadores que el único modo de aprobar mi citado voto, es desaprobar la totalidad del dictamen de la comisión.

Yo no espero este triunfo; pero me cumple hacer esta explicación, para que no se ignore la situación crítica y especial del voto particular que en este breve discurso he apoyado.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: continuación del debate pendiente; y si se termina y hay tiempo, discusión del dictamen sobre aumento de sueldo á los capitanes del ejército.

Se levanta la sesión.
Eran las cinco y treinta y cinco minutos.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARTINEZ DE LA ROSA.

Extracto oficial de la sesión celebrada el día 17 de diciembre de 1858.

Se abrió á las dos y media, se leyó el acta de la anterior, y fué aprobada en votación nominal por los señores siguientes.

Goicoerrotea (don Roman), Lasala, Carballo, García Maceira, Ferreira Caamaño, Rivero, Plegamans, Bedoya, García Rizo, Luengo, González (don Ambrosio), Lafuente, Bayarri, Aguirre, Ardanaz, Marín Barnuevo, Patiño, Durango, Riestra, Rabín, Safont (don José), Loizaga, Lopez (don Antonio), Campos de Orellana, Ballesteros (don Diego), Pozo, Perez de los Cobos, Goicoerrotea (don Francisco), Prats y Soler Cuadros, Armada, Escrig, Burriel, Barreiro Torán, Tejada, Lozano, Romero, Ortiz, Rodríguez (don Vicente), Alvarado, Madoz, Calvo Asensio, Ortega, Florentino Sanz, Soria, Santa Cruz, Marqués de Benemejías, Conde de Lérda, Duque de Villabermosa, Rascon, Barcáiztegui, Falces, Alfaro Sandoval, Camprodon, Delgado, Falguera, Mérelles, González, Alonso, Rodríguez Leal, Conde de Patilla, Cuenca Vabamonde, Sagasta, Latorre, (don Carlos), Gaset y Mathe, Barbadillo, Gómez, Añón Letona, Serrano Serrano, González Bravo, Serrano Bedoya, Cantalejo, Cañada, Caro, Moya y Angeler, Piñan, Suarez Inclan, Fuente, Vera, Ubagon, Calzada, Marqués Navarro, Benayas, Añorles, Romero Leal, Elduayen, Peralta, Hernandez (don Justo), Rosa, Marqués de la Torre, Vela, Posada Herrera, Taravilla, Herrera, Santa Cruz, Fernandez Blanco, Camacho, Señor presidente, Total, 102.

Pasó á la comisión de actas la del distrito de Olot, remitida por el señor ministro de la Gobernación.

A la misma comisión pasaron varios documentos relativos al acta de Caravaca.

Se anunció que el señor Ballesteros no podía asistir á las sesiones por hallarse enfermo.

El Sr. LATORRE (don Carlos): La hora de empezar la sesión es la una; hoy, sin embargo, se ha empezado á las tres menos veinte. Ruego al señor presidente que consulte si en lo sucesivo ha de empezarse á las dos ó á las tres; para no estar esperando inútilmente.

El Sr. PRESIDENTE: La mesa ha estado siempre á la hora señalada con puntualidad. El Congreso no ha de variar su acuerdo á los dos días de tomado.

El Sr. PRATS Y SOLEI: Me asocio á la manifestación del señor Latorre.

El Sr. PRESIDENTE: Continuaré señalada la hora de la una; y recomiendo á los señores diputados la puntualidad.

ORDEN DEL DIA.

Actas.

Se aprobaron sin discusión las de Agramunt, Villacarrillo y La Guardia, quedando admitidos por esos distritos los señores don Manuel Safont, don Dionisio Lopez Roberts y don Ramon Ortiz de Zárate.

El Sr. GONZALEZ (don Ambrosio): Hace dos días, el señor O'Donnell preguntó cuando llegaba el acta de Victoria. Esta acta obra en la secretaría del Congreso.

El Sr. CALVO ASENSIO: En caso de que no hubiere llegado la del Ferrol, deseo que el señor ministro de la Gobernación diga su opinión acerca de aquellos sucesos, y si piensa pasar los antecedentes á la comisión.

El señor ministro de la GOBERNACION (Posada Herrera): Tengo probablemente la misma idea que el señor diputado acerca de los sucesos que han ocurrido en el Ferrol y he dado orden para que se envíe el acta á la comisión, como la de Olot.

El Sr. GONZALEZ (don Ambrosio): A la comisión no ha llegado esa acta.

Juraron y tomaron asiento los señores Safont, Ortiz de Zárate y García Miranda.

El Sr. PRESIDENTE: Mañana habrá sesión para leer los dictámenes de las comisiones que los presenten.

Se levanta la sesión.
Eran las tres.

MADRID 27 de diciembre.

Hoy debían reunirse los diputados andaluces con el fin de ponerse de acuerdo para presentarse a los ministros de Fomento y Gobernación y gestionar por el favorable resultado de algunos asuntos pendientes, relativos a aquellas provincias.

—Anteayer se reunieron en la iglesia de las Comendadoras de Calatrava los caballeros de la misma orden, para asistir a la función religiosa que el primer día de Pascua costean todos los años. S. M. el Rey, comendador mayor de la orden, asistió a la función.

—Después de haber tenido el señor Domínguez, la honra de esponer a S. M. los medios de llevar a cabo la realización del nuevo descubrimiento de dar dirección a los globos aereostáticos, parece que ha condescendido con algunas personas inteligentes sobre este importante problema, las que, según dice una publicación, no parece se treven a poner en duda su feliz éxito en vista de las explicaciones de su autor.

Idem 28.

La comisión de reglamento del cuerpo cultuativo de hospitalidad domiciliaria, ha presentado su proyecto el día 22 del actual.

Los médicos numerarios de hospitalidad domiciliaria de Madrid, nombrados para el servicio de guardia permanente en las casas de Socorro, son los siguientes, según dice la *España Médica*.—Primer distrito.—Don Manuel Conde, don Manuel Maquibar.—Segundo distrito.—Don Diego Novoa, don Federico Costa.—Tercer distrito.—Don Antonio Martínez Sáez, don Pablo León y Luque.—Cuarto distrito.—Don José Salgado, don Joaquín del Río.—A estos profesores se les ha asignado 2,000 reales anuales de sobresueldo.

ESTRANGERO.

Paris 19 de diciembre.

El *Monitor* publica las siguientes noticias de la isla de la Reunión, que alcanzan al 8 de noviembre.

Un volcán de la isla había producido una erupción cuya lava interceptó el camino de comunicación con el distrito. La caja de lava que tenía una altura de tres metros, alcanzó a una extensión de cuatrocientos metros. Desde ayer la lava llega hasta el mar. La erupción no inspira ya cuidado, pues el país no sufre terremotos, y si acaso los hay apenas son perceptibles.

Paris, martes 21 de diciembre.

S. A. el gran duque Constantino llegó ayer y comió en las Tullerías. Al anochechar de hoy volverá a salir para Marsella.

Ayer se constituyó la Sociedad del Canal marítimo de Suecia. Estaban presentes al acto 28 individuos del Consejo de administración, quienes aprobaron por unanimidad una proposición cuyo objeto era manifestar que a dirección y los individuos del comité eran dignos de figurar al frente de esta universal y honorífica empresa.

Fueron nombrados presidente M. Fernando de Leseps, y vicepresidente el duque de la Albufera, diputado por Tarbes, M. Paul, banquero de Bona y M. Revoltera, banquero en Trieste.

—Ya se sabe que la noticia daba por varios periódicos alemanes atribuyendo al gobernador de la Confederación helvética la intención de vender el valle de Dappes a la Francia, carece de todo fundamento. El periódico *La Suiza*, de Berna, la ha desmentido formalmente, y otros periódicos suizos, al desmentirla también, han acusado al Austria de querer entorpecer las buenas relaciones que existen entre Francia y Suiza.

—En Nápoles se han desvanecido las esperanzas que se habían concebido de ver promulgada una amnistía general para los delitos y presos políticos. La única idea que domina al gobierno es la de no dar paso alguno que pueda hacer creer que es una concesión a las exigencias de la Fran-

cia y la Inglaterra.—La medida concerniente a la venta de los bienes de los reos políticos se ha suspendido por ahora.

—Una carta particular de Viena dice que las tropas de refuerzo enviadas hasta ahora a Italia se reducen a 4 batallones de infantería, 3 de cazadores y una batería completa. Total 10,000 hombres.

Por lo que va sin firma,
P. J. GELABERT Y POL.

PALMA.

CRONICA RELIGIOSA.

Santo del día de mañana

SAN ISIDORO, OBISPO Y MARTIR.

CULTOS SAGRADOS.

Mañana domingo en la iglesia de San Francisco de Asís concluirá solemne oración de cuarenta horas dedicadas al dulce nombre de Jesús. La exposición será a las seis, y luego se harán las adoraciones al Santísimo Sacramento, a las diez se cantará una con el órgano, y la misa mayor por la música, en cuyo ofertorio el presbítero don Tomás Cerdá, colegial del de nuestra Señora de la Sapiencia predicará las glorias del dulce nombre de Jesús; a las cuatro y media de la tarde se cantarán solemnes vísperas, a las cinco y media la corona de la Virgen y oración mental, y concluida la música cantará la estación, un armonioso villancico y la reserva con un *Te-Deum*.

AFECCIONES ASTRONÓMICAS DE MAÑANA.

Salte el sol a las 7 hs. 21 ms.
Pónese a las 4 » 48 »
Hora en que debe señalarse el reloj al mediodía verdadero.
Las 12 hs. 4 m. 14 s.

COMUNICADO.

TEATRO DE PALMA.

AL SEÑOR SUREDA.

ARTICULO I.

«La obra del Teatro revela, cuando menos, en momento muy desgraciado del autor, la concepción de un pensamiento, que pueden confundirse con la ignorancia y el mal gusto. De aquella desgraciada obra solo debe aprovecharse la piedra como material de construcción.»

Sr. Director de EL ISLEÑO:

Muy señor mío: Ruego a V. que se sirva publicar el siguiente escrito en las columnas de su apreciable e imparcial periódico.

Barcelona 23 de diciembre de 1858.

MELCHOR GASSULL Y SALADRIGAS.

Sr. D. Antonio Sureda y Villalonga:

Reasumiendo cuanto V. dice en su artículo del día 2, y en los que sucesivamente me han dirigido sobre la cuestión del Teatro el discípulo de V. Bruguera, peon de albañil, unos titulados abonados amigos que suponen ser de V., el filarmónico, y su nuevo defensor Comellas, resulta:

1.º Que se me niega el derecho de censurar, como persona autorizada, la obra del Teatro, proyectada y dirigida por V.
2.º Que se me hace un cargo por haber elegido a la opinión pública para juez en esta cuestión, y a la prensa periódica como medio de defensa y de publicidad.
3.º Que son infundadas, injustas y exageradas las acusaciones que he dirigido a la desgraciadísima obra del Teatro de esa capital.

Principiaré por lo primero.

5

V. me lanza un dictorio envuelto en las siguientes palabras:

«La persona del señor Gassull nada valdría si no invocara el título de maestro de obras obtenido de la Academia de Barcelona, como prueba de su saber en materias no tan elevadas como las que se ha permitido tratar.»

El discípulo de V. Bruguera me dirige las siguientes preguntas: «¿Es V., Sr. Gassull, persona autorizada para tratar de una obra de arquitectura? ¿Dónde tiene V. los títulos o en que escuelas se habilitó para invadir o entrar en un terreno que la ley le veda o cierra en calidad de simple maestro de obras?»

Los titulados abonados, amigos de V., niegan que el señor Gassull sea persona autorizada para censurar la obra del Teatro, y concluyen con estas palabras: «Zapatero a tus zapatos.»

Otro nuevo paladin y padrino de V., el señor Comellas, repite el mismo refrán, compara con la mayor modestia al señor Sureda con un diestrisimo «maestro de esgrima», y con toda imparcialidad me califica de «aprendiz de mano trémula.»

Y V., que admite y autoriza el auxilio que corre a prestarle su discípulo el peon de albañil, sus belicosos amigos los abonados, y su flamante campeón el señor Comellas, dice por su parte que ningún triunfo podía proporcionarle el convencer a un maestro de obras que no ha podido ni debido ver lo que muchos otros en materia de construcciones.

Desde luego contesto al dictorio diciéndole a V. que mi persona, sin el título de maestro de obras, vale al menos tanto como la de V. sin el título de arquitecto.

Vamos ahora a la cuestión de competencia y de autoridad.

En mi artículo de 13 de noviembre dije al titulado discípulo de V.:

«Soy persona autorizada para conocer, juzgar, examinar, criticar y censurar la desgraciadísima obra del Teatro de esa capital, dirigida por el arquitecto don Antonio Sureda.»

«Soy persona autorizada y hábil para reconocer oficialmente la citada obra, tanto en la parte de composición como en la de construcción.»

«Soy persona autorizada para declarar buena o mala aquella obra en ambos conceptos.»

En el citado artículo prometí ser menos lacónico si en vez de habérmelas con el discípulo me entendiese con el maestro. Toda vez que el maestro, es decir V., se ha dignado dejar oír su autorizada voz, me hallo en el caso de cumplir mi palabra.

¿En qué causas puede fundarse esa tenacidad desdeñosa en negarme el derecho de censurar una obra de un arquitecto? ¿En qué puede fundarse esa especie de aversión y aun desprecio, con que V. trata a un profesor?

Al parecer esas causas hallan su origen en la distancia que en concepto de V. media entre su superioridad de arquitecto por la Academia de San Fernando y mi inferioridad de maestro de obras por la Academia de Bellas Artes de Barcelona.

Examinemos esta cuestión.

Antes del año 1844, para ser arquitecto como V., se exigían las circunstancias siguientes:

1.º Justificar la asistencia a alguna obra bajo la dirección de un arquitecto probado.
2.º Presentar los planos de un edificio de invención del aspirante, con plantas, fachadas y cortes, todo geométrico, y separadamente el cálculo detallado del coste que tendría todo el edificio, y su método de construcción.

3.º Hacer una prueba de repente, en el espacio de un día entero, desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, sobre un asunto escogido entre los tres que se sorteaban, franqueándose al pretendiente todos los libros clásicos de arquitectura que necesitase.

4.º Cotejada esta prueba con los planos a que se refiere la circunstancia 2.ª, ser examinado el pretendiente acerca de una y otros, en la teoría y en la práctica del arte.

A los maestros de obras modernos, como el que suscribe, se les exigen los siguientes requisitos:

1.º Los estudios preparatorios que comprende la instrucción primaria elemental completa; la geografía; el 1.º y 2.º año de matemáticas elementales; y el dibujo lineal o de figura.

2.º Los estudios de carrera hechos durante tres años, y en cursos de las Academias que duran seis horas al día: los principios de geometría descriptiva, con sus aplicaciones a la teoría de las sombras y cortes de carpintería y cantería; práctica de toda clase de operaciones topográficas; principios de mecánica teórica e industrial; principios de construcción, conocimiento y análisis de los materiales, composición y ejecución de planos de edificios de tercer orden, dibujo topográfico, dibujo de arquitectura, y la parte legislativa y práctica de la profesión.

3.º Haber asistido, durante los meses de vacaciones, a los trabajos de obras públicas o particulares.

4.º Examen de las materias indicadas, en mitad y al fin de curso, el que no se gana sin haber obtenido, al menos, la nota de mediano en todas las clases; y con la obligación de repetir el mismo curso si en un segundo examen no alcanza a mejorar la nota de malo obtenida en alguna materia en el primer examen.

5.º Hacer en el espacio de seis horas, y no mas, un tanteo del asunto sorteado entre treinta correspondientes a casas de labor, edificios rústicos de todo género, y partes principales de edificios de primero y segundo orden, sin franquear al aspirante libro alguno clásico de arquitectura.

6.º Desarrollar y poner en limpio, en el término de un mes, el mismo asunto ampliándolo cuanto se crea conveniente.

6.º Sufrir un detenido y escrupuloso examen de la Junta Censora, sobre el mismo asunto y sobre todas y cada una de las materias relacionadas con él.

Ahora bien, señor Sureda. Hagame V. el obsequio de dirigirse al público imparcial, a ese mismo público al cual niega V. la posibilidad de apreciar debidamente la cuestión que nos ocupa, y pregúntele V. de que parte está la superioridad entre los conocimientos y requisitos exigidos antes de 1844 para ser un arquitecto tan arquitecto como don Antonio Sureda y Villalonga, y los que ha necesitado don Melchor Gassull y Saladrigas para obtener su título de Maestro de obras.

Lejos de mi la pobre y mezquina idea de pretender sobre V. la mas insignificante superioridad intelectual ni científica; pero en el caso de que V. quiera atribuirse, estoy seguro de que su infundada vanidad no merecerá la aprobación de nadie mas que de esa media docena de articulistas ahijados de V., a los cuales ciega el interés... de la amistad, así como a V. le ciega el interés... paterno que profesa a la fachada del Teatro, hija predilecta y caracterizada de V.

De todos modos, créase V. o no superior a todos los profesores de arquitectura, ya sean maestros de obras como el que suscribe, o arquitectos como V., es innegable que a todos los maestros de obras asiste el derecho y aun el deber moral de conocer, juzgar, examinar, criticar y censurar las obras de arquitectura, tanto en la parte de composición como en la de construcción; por lo tanto, solo la ignorancia, la tenacidad o la mala fe, pueden poner en duda que don Melchor Gassull y Saladrigas, Maestro de obras, es persona autorizada para conocer, juzgar, examinar, criticar, censurar y reprobar la desgraciadísima obra del Teatro de Palma, proyectada y dirigida por el arquitecto don Antonio Sureda y Villalonga.

Barcelona 23 de diciembre de 1858.

El Maestro de Obras por la Academia de Bellas Artes de Barcelona,

MELCHOR GASSULL Y SALADRIGAS.

El vapor El Mallorquín, su capitán don Antonio Balaguer, saldrá para Barcelona el lunes 3 de enero próximo á las 2 de la tarde, con la correspondencia. Admite cargo y pasajeros á los precios siguientes: cámara de popa 60 rs., cámara de proa 40 rs. y sobre-cubierta 20 rs. Se despacha en la calle de la Portería de Santo Domingo, número 1.º cuarto entresuelo.